

GENTILESHOMBRES DE VERONA



¡EA!, DESPIDÁMONOS YA

Hubo, en otro tiempo, en Verona, dos amigos que se querían entrañablemente: llamábanse Valentín y Proteo. Ambos eran jóvenes y apuestos mancebos, pero de caracteres del todo diferentes, como verá el curioso lector. Valentín era pacífico y honrado, amigo leal y excesivamente bueno y sincero para creer en la traición ajena. Proteo, por el contrario, era ardoroso y apasionado, pero voluble, y se dejaba arrastrar fácilmente de cualquier impulso; siempre tan impaciente para alcanzar lo que de momento deseaba, que no reparaba en los medios, con tal de conseguir el fin que apetecía. A pesar de estas diferencias de carácter, Valentín y Proteo se hallaban muy bien el uno con el otro; pero finalmente las cosas anduvieron de manera que les fué preciso separarse. Valentín no podía permanecer en Verona; quería correr mundo y dilatar sus horizontes.

—El joven que no sale de su tierra, tiene siempre un espíri-

tu mezuquino y apocado—decía a Proteo al querer éste persuadirle que permaneciese en Verona.—Si no fuese que estás aquí prisionero de amor, no consentiría que te quedaras, sino que te obligaría a venir conmigo a contemplar las maravillas del mundo. Pero ya que amas, sigue amando y procura ser tan dichoso en tus amores, como quisiera yo serlo, si alguna vez me alcanzaren los dardos de Cupido.

Decía esto porque Proteo estaba, en aquel entonces, locamente enamorado de una hermosa joven de Verona, llamada Julia; y Valentín seguía dando matraca a Proteo hablándole contra el amor, diciendo que es una locura y que sólo el loco se deja coger en sus redes. Muy lejos estaba de pensar que a no tardar, caería también él en la trampa y que había de ser víctima de la perfidia y traición de su amigo.

Proteo, empero, no pensaba más que en Julia, y por nada del mundo hubiera salido de Verona. Despidiéronse afectuosamente los dos amigos, y Valentín tomó el camino de la corte de Milán.

—El va tras el honor como yo tras el amor—dijo para sí Proteo al ver partir a su compañero:—deja a sus amigos para honrarlos más mejorándose á sí mismo. Yo también abandono a mí mismo, a mis amigos y todas las cosas en aras del amor. ¡Ah, Julia, Julia, cómo has cambiado todo mi ser!, por ti olvido el estudio, pierdo miserablemente el tiempo, me rebelo contra los más prudentes consejos, tengo en poco a todo el mundo, mi espíritu pierde sus energías soñando vanamente y mi corazón está enfermo de inquietud.

Metido estaba Proteo en estas reflexiones cuando oyó los gritos de Speed, el bufón criado de Valentín, que exclamaba:

—¡Señor Proteo, Dios os guarde! ¿Habéis acaso visto a mi amo?

—Acaba de partir de aquí y va a tomar el barco para Milán—respondió Proteo.—¿Has entregado ya mi carta á la señora Julia?

—Sí, señor, y por cierto que no me dió gratificación alguna—contestó Speed, despechado porque Julia no le había dado la propina que esperaba.

—Y ¿qué te dijo al recibir la carta?—preguntóle ansiosamente Proteo.

—Nada, señor, hizo un movimiento de cabeza.

—Vamos; dime qué es lo que te dijo Julia,—insistió Proteo.

—Si quisieseis abrir, señor, vuestra bolsa...

—Bueno, ahí va esto por el trabajo que te has tomado. Pero dime, ¿qué es lo que te dijo Julia?

—En verdad, señor, que me parece que no os gana en generosidad—respondió Speed, metiéndose en el bolsillo la moneda que le diera Proteo.

—¿Pues qué? ¿te dió acaso menos que eso?—preguntó Proteo.

—Mucho menos, pues no me dió nada—contestó Speed; y como quiera que tan mezquina fué para recompensar al que le llevaba vuestro corazón con la carta, me temo que va a ser mezquina con vos para no abriros el suyo. Por lo cual os aconsejo que en prenda de amor no le deis sino piedras, pues ella es dura como el acero.

—Pero, ¿es que no te dijo nada?—insistió Proteo.

—Nada, ni siquiera: *Ea, amigo, tomad esto en pago de vuestro trabajo*—respondió Speed porfiando en su resentimiento.—En cuanto a vos, gracias mil por vuestra bondad; pero en adelante llevad vos mismo las cartas. Ahora voy volando en busca de mi amo.

—¡Ve, pues, en hora buena!—exclamó Proteo, cansado ya de tanta impertinencia;—ve a salvar el barco de todo naufragio; a buen seguro que yendo tú a bordo, no correrá peligro el barco, pues estás destinado a morir en tierra firme según eres de machacón.

Y así que hubo partido el insolente criado, dijo, para sí: «Procuraré servirme de otro, a buen seguro que Julia rehusaría mis cartas si hubiese de recibirlas de manos de tan indigno cartero...»

Lo que en realidad sucedió fué que la carta no había llegado a manos de quien debía, pues Speed tomó a Luceta, muchacha de servicio de Julia, por la propia Julia, y a ella se la dió equivocadamente.

Luceta al ir en busca de su señora, hallóla en el jardín

muy pensativa pues estaba ya enamorada de Proteo, aunque ella misma no se daba del todo cuenta de ello. Al recibir la carta de manos de Luceta y decirle ésta que juzgaba que la carta venía de Proteo, fingió un movimiento de cólera y reprendió ásperamente a la muchacha por haberse atrevido a aceptarla.

—Toma de nuevo este papel,—díjole,—y haz que sea devuelto, de lo contrario no te quiero ver jamás en mi presencia.

—El que se mete a patrocinar un amor, bien merece el odio por recompensa,—murmuró Luceta.

Hay que tener en cuenta que la muchacha por los muchos años que servía fielmente en la casa, era tratada mas bien como compañera que como criada de servicio y por lo mismo estaba acostumbrada a manifestar su opinión sin rodeos y con cierta libertad.

—¿No te vas aún?—díjole Julia con tono severo; pero no bien hubo desaparecido Luceta, entróle a Julia el remordimiento y decía para sí:

—¡Qué desatentada estuve al echarla con cajas destempladas de mi presencia, cuando tanta falta me hace! y ¡qué hipócrita he sido al mostrar indignación, cuando mi corazón se recreaba en una secreta alegría! He de vencerme a mí misma y desagrar a la pobre muchacha: voy a llamarla y le pediré perdón.—¡Luceta! ven; ven acá, Luceta...

—¿Qué manda mi señora?—respondió la doncella.

Al verla de nuevo en su presencia, tomó Julia el aspecto de severidad y reserva de antes y preguntóla:

—¿Es ya hora de comer?

—¡Ojalá lo fuera y que mi señora desahogara su mal humor contra los platos más bien que contra su criada,—respondió con gran soltura Luceta, al tiempo que dejaba caer la carta en el suelo y la recogía con gran cuidado.

—¿Qué es eso que coges cautelosamente?—preguntó Julia.

—Nada.

—¿Por qué te agachaste pues?

—Para coger un papel que se me había caído.

—Y ese papel ¿no es nada?

—No, señora; nada que me pertenezca.

--Déjalo, pues, para quien sea.

Pero Luceta no quería que la carta quedase allí en el suelo, pues su intención, al soltarla, había sido que Julia se enterara de ella. No sabía ella cuán ansiosamente deseaba su seño-



¡Anda, vete y no toques estos papeles!...

ra tenerla en sus manos, pero era demasiado altiva para reconocerlo. Luceta no pudo reprimir ciertas palabras insolentes que le vinieron a la boca, lo cual irritó á su señora, sobre todo al afirmar Luceta que hacía la causa de Proteo.

—¡Basta ya de charla, no tolero tales desplantes!...—dijo Julia con resolución, y rompió la carta echando al suelo los pedazos y diciendo: «¡Anda, vete y no toques estos papeles!...»

—Ella hace como que no le gusta, y lo que ella quisiera fuera tener otra ocasión de incomodarse con una nueva carta,—dijo para sí la sagaz muchacha al retirarse.

—¡Ah! ¡ojalá pudiese yo encolerizarme contra esta carta!—

exclamó Julia al hallarse sola y recoger ansiosamente algunos de los pedazos.—¡Oh viles manos que habéis hecho añicos palabras tan tiernas! ¡Para expiar mi culpa voy á besar cada uno de estos fragmentos! Mira...; aquí dice: amable Julia; mejor diría *cruel* Julia, pues cruelmente me he portado. ¡Oh viento juguetón, no esparzas ni te lleves ninguno de estos fragmentos antes que yo logre reconstituir toda la carta.—Y al decir esto iba recogiendo cuidadosamente los papelitos, acariciándolos con sus manos.

—Señora, la comida está en la mesa y vuestro padre os aguarda—díjole Luceta.

—Vamos pues allá,—respondió Julia.

—¿Y los papeles?—preguntó Luceta:—¿han de quedar acaso en el suelo, como si fuesen cuentos de Maricastaña?

—Si te parece que valen la pena, recógelos.

—No, sino que temo que se van a resfriar—repuso Luceta riéndose á hurtadillas.

—Veo que estás muy celosa de guardarlos—replicó Julia.

—¡Ah señora, vos podéis decir lo que veis!...—dijo Luceta con gran aplomo.—También yo veo las cosas tales cuales son, aunque vos creáis que tengo telarañas en los ojos.

—Ea, vámonos juntas—dijo Julia.

En un principio habíase excusado Proteo de acompañar a su amigo Valentín, pero pronto comprendió que no podría permanecer en Verona. En aquel tiempo era creencia general que para la completa educación de la juventud había que viajar por el extranjero, y en este sentido habló, con gran copia de razones, un tío de Proteo.

—Mucho me sorprende, decía, que su padre le permita pasar la juventud en su tierra natal, mientras otros, inferiores a él en posición, envían á sus hijos al extranjero para que se perfeccionen, cada uno en su profesión, éste en la carrera de las armas, aquél en descubrir tierras desconocidas, otro en terminar o ampliar sus estudios en las universidades. Proteo es apto si no para todas, por lo menos para alguna de estas cosas, y será para él una notable desventaja cuando llegue á ser hombre de posición el no haber viajado.

—No es que no haya pensado en ello, Antonio—respondió el padre de Proteo.—Estoy convencido de que pierde lastimosamente el tiempo y que buena falta le hará la experiencia del mundo, sin la cual no se puede llegar á ser hombre de provecho.

Y convino con su hermano en que lo mejor fuera enviar a Proteo a donde estaba Valentín, o sea a la corte del duque de Milán. Así, pues, dióse orden a Proteo que se aprestase a partir al día siguiente, y de nada sirvieron las protestas del mancebo, el cual estaba cautivo del amor de Julia, aunque, a decir verdad, le consolaba el saber que la joven había ya consentido en corresponderle.

Efectivamente, al momento de partir le dijo Julia poniéndole en su dedo la sortija que ella llevaba:

—Toma este recuerdo de tu querida Julia, y no me olvides en tu ausencia.

—¿Olvidarte? jamás. ¡Sea la primera de mi desventura la hora en que deje de pensar en ti... Toma tú también mi sortija, y sellemos con este trueque nuestro mutuo amor.

Entre tales protestas de amor y fidelidad llegó para Proteo la hora de partir y en efecto partió para Milán, quedando Julia en Verona.

¿QUIÉN ES SILVIA?

Muchas y muy sabias máximas había proferido Valentín al hablar con Proteo, sobre la locura de los que se entregan en brazos del amor, y no podía él pensar que al poco tiempo de su llegada á Milán había de caer en los lazos de Cupido y hallarse en aquella triste situación en que se lamentaba de ver a su amigo. Tenía el duque de Milán una hermosa hija llamada Silvia, de quien se enamoró perdidamente Valentín correspondiéndole la joven de tal manera que privadamente y en secreto se prometieron mutua fidelidad, procurando empero no dar publicidad á sus relaciones para no incurrir en la desaprobación del padre de la joven, el cual favorecía á otro pretendiente llamado Thurio, mancebo rico y de noble alcurnia, aunque libertino y en extremo presuntuoso.

El duque de Milán, conforme al criterio de la época, tenía por señor absoluto de su hija y en consecuencia, con perfecto derecho para imponerle su voluntad en materia de matrimonio como bien le pareciese, sin tener para nada en cuenta las inclinaciones de la joven. No dejaba él de sospechar que se amaban Silvia y Valentín, pues había echado de ver ciertas cosas que la gentil pareja no se recataba de hacer, contando con la ignorancia del padre. Varias veces había estado éste a punto de apartar a Valentín de su corte y por ende de la compañía de su hija, pero temiendo que un celo indiscreto le indujese a error y perjudicase a Valentín sin merecerlo, resolvió no obrar de ligero, sino más bien emplear hábiles recursos para descubrir lo que hubiese de verdad en su sospecha. Por de pronto ejerció gran vigilancia sobre Silvia y temiendo alguna tentativa de evasión por parte de los enamorados, dispuso que se trasladase la habitación de Silvia a una torre sita en lo más alto del palacio y que se le entregara a él la llave de la misma todas las noches.

Así estaban las cosas cuando, con gran regocijo de Valentín, llegó Proteo á la corte de Milán. Llevado de su afecto de sincera amistad, ensalzó Valentín hasta las nubes las prendas y buenas cualidades de su amigo al duque de Milán y a Silvia, y por el amor que Silvia profesaba á Valentín, ésta dispensó á Proteo una acogida muy cariñosa.

¡Ah y cuán mal pago dió Proteo á Valentín por sus pruebas de amistad! A pesar del amor que jurara a Julia, a pesar de su antigua amistad con Valentín; apenas vió Proteo a Silvia, dejóse llevar del ímpetu del amor hacia ella. Ni el sentimiento de fidelidad al amigo, ni los juramentos de amor hechos en Verona a Julia fueron parte para que refrenase aquél su temperamento enfermizo y débil hasta la exageración; al contrario, aflojó las riendas y no miró sino la manera de satisfacer sus ansias amorosas prefiriendo el amor de Silvia al de Julia, aun a costa de la traición y la deshonra.

Su tarea no le debió parecer imposible, sino muy fácil, ya que Valentín, incapaz de sospechar nada malo, había de abandonarse completamente en manos del que consideraba fiel amigo, facilitando más bien inconscientemente los medios de que

el perverso amigo consumara su traición. Con toda la inocencia de que es capaz la buena fe, reveló Valentín a Proteo que, sin saberlo el duque, él y Silvia se habían jurado fidelidad y, más aun, que estaban ya convenidos sobre la hora de su boda y la manera cómo habían de llevar a cabo la fuga del hogar paterno. Como quiera que Silvia dormía de noche en la torre, Valentín subiría allá con una escalera de cuerda y bajarían ambos por la misma: aquella misma noche habían de llevarse a cabo estos planes, y Valentín iba ya a procurarse las cuerdas para hacer la escalera y practicar el asalto.

Escuchó Proteo la relación de los proyectos de su amigo, y el hombre vil y apocado determinó hacer saber al padre de Silvia las maquinaciones de Valentín, pensando, en su vileza, que serían otras tantas facilidades para conseguir el fin que pretendía, pues ya preveía él que Valentín sería desterrado de la corte y con esto se le allanaría el camino para conquistar a Silvia. Bien sabía él que el padre de Silvia favorecía las aspiraciones del pretendiente Thurio, pero poco le daba que temer aquel insulso hidalgo, pues muy a poca costa había de oponerse á sus intentos armándole alguna zancadilla.

No perdió un momento Proteo en poner en práctica sus traidores planes y, en efecto, el resultado fué tan rápido como eficaz. Con fingida repugnancia y aparentando hipócritamente que iba a cumplir con un deber sagrado, manifestó al duque cuanto le había revelado Valentín: hizo dar palabra al duque de que no descubriría su traición y le sugirió además el medio de enredar a Valentín de manera que pareciese que él por sí mismo había descubierto el complot. Efectivamente, siguiendo el duque la indicación de Proteo, llamó aparte a Valentín y le pidió que le indicara el medio más a propósito para raptar a una mujer, reclusa y bajo llave para que nadie pudiese penetrar en su habitación, que estaba en lo más alto de un castillo.

—La cosa más fácil del mundo—contestó Valentín. Y no pensando, en su inocencia, que hubiese de por medio zancadilla ninguna, le sugirió el medio de que él pensaba servirse aquella misma noche. Continuó pues:

—Una escalera de cuerda, con unos garfios en el extremo

para colgarla, y escalar la habitación en donde se halla la mujer.

—Pero ¿cómo puedo yo llevar la escalera sin ser notado?

—Muy fácil, señor; llevadla debajo de la capa—respondió Valentín.

—¿Habrá de ser una capa larga como la tuya?

—No, señor duque; cualquier capa sirve para esto.

—Pero ¿cómo habré de llevar la capa?—insistió el duque. Ea, traeme acá tu capa y enséñame prácticamente la manera de ponérmela.

No pudo negarse Valentín a lo que le pedía el duque. Tomó éste de sus manos la capa y halló en ella no sólo la carta en que Valentín decía a Silvia que aquella noche iba á ser la última de su cautiverio, sino también la escalera de cuerda de que iba a hacer uso para su intento.

Desahogó entonces el duque su ira contra el aturdido manco, diciéndole:

—¡Anda de acá, vil usurpador, esclavo presuntuoso y atrevido!..—y con una arenga de duras y denigrantes palabras ordenó a Valentín que saliera inmediatamente de la corte y de sus dominios y que no volviera á poner los pies en ellos, si no quería pagar con la vida su temeraria osadía.

TRAIDOR PARA CON SU AMIGO

Apenas el duque de Milán hubo dejado a Valentín y hallándose aún éste bajo el abatimiento en qué tal desgracia le sumiera, vino Proteo al duque á garantizarle que la sentencia de destierro había ya sido publicada.

Silvia, á pesar de todo, permanecía fiel y adicta á Valentín, y con gemidos y lágrimas imploraba su perdón postrada á los pies de su padre, pero éste se mostraba implacable, repitiendo que pagaría Valentín con la vida su audacia, si llegaba a poner de nuevo los pies en sus dominios. Es más, encolerizóse contra su hija al ver que abogaba por su prometido, de tal manera, que la mandó encerrar en una cárcel.

El taimado Proteo aconsejaba a Valentín que partiera sin tardanza de Milán, exhortándole a que no perdiera la confian-

za prometiéndole que protegería sus asuntos amorosos y aun ofreciéndose a servirle de intermediario para hacer llegar sus cartas a manos de Silvia. Habiendo conseguido precipitar la



«¡Anda de acá, vil usurpador, esclavo presuntuoso y atrevido!...»

salida de Valentín volvió Proteo a entrevistarse con el duque de Milán para notificarle que se habían ya cumplido sus órdenes.

—Mi hija esta afligidísima por la partida de Valentín—
dijole el Duque.

—No importa, señor—replicó Proteo;—el tiempo borrará esta aflicción.

—Así lo creo yo—repuso el Duque;—por más que el señor Thurio no opina lo mismo.—Y en seguida empezó a sondear a Proteo para que le indicase cuál era el mejor medio para distraer a Silvia del amor que sentía por Valentín y para encauzar este mismo afecto hacia el señor Thurio.

Convinieron ambos en que lo mejor fuera que Proteo no perdiese ocasión de hablar mal de Valentín y a su vez desahacerse en alabanzas del señor Thurio. De esta manera tendría Proteo fácil acceso y la puerta abierta para conversar a sus anchas con Silvia, la cual se alegraría de verle por causa de su amigo.

Parecióle muy bien a Proteo el recurso, pero añadió que no era ello suficiente, sino que Thurio de su parte tenía también que hacer algo para ganar la voluntad de Silvia. Indicó que el mejor medio sería que procurase recrearla con la música y poesía y que para ello, él se encargaba de traer una compañía de músicos que tocasen debajo de la ventana de su habitación. Thurio respondió que pondría en práctica aquel plan aquella misma noche, pues conocía a varios jóvenes diestros en el arte musical y él tenía escrito un canto que sería muy a propósito para el caso. En cuanto al Duque, le pareció muy bien la idea, y les suplicó que llevasen adelante dicho proyecto hasta realizarlo.

Entretanto Julia estaba en Verona, muy triste y desconsolada por la ausencia de Proteo, y sus ansias crecieron de tal manera, que determinó partir para Milán con objeto de tener cerca de sí al objeto de sus amores. Su muchacha de servicio Luceta, que era mujer dotada de gran sentido común, procuró disuadirla de su intento, pero todo fué inútil, pues Julia no escuchó razón ninguna.

—El ansia me devora—decía Julia,—y mucho me temo que la tristeza no acabe conmigo, si he de estar mucho tiempo lejos de Proteo... Si supieses por experiencia lo que es amar con pasión, comprenderías cuán inútil es emplear semejantes razones.

Considerando que en su calidad de joven y bien parecida, había de llamar grandemente la atención el verla viajar sola por el mundo, determinó Julia disfrazarse de paje, y a este

efecto encargó a Luceta que le facilitase cuanto juzgase necesario para representar este papel con toda propiedad y sin que nadie notara la menor cosa. En vano quiso persuadirla Luceta de que, haciendo esto, podría ser que desmereciese del afecto de Proteo. — Además los hombres son variables—decíale—y a menudo fingen un afecto y pasión que no sienten en su interior.

A lo cual Julia respondió indignada que aunque los hombres fueran tales, Proteo no era ciertamente así y que estaba segurísima de que no había de ser burlada su fidelidad.

—Su palabra—decía,—es una escritura y sus juramentos inquebrantables, su amor es sincero, sus pensamientos inmaculados, sus lágrimas puros mensajeros venidos del cielo, su corazón está tan lejos del engaño y la falsedad, como el cielo de la tierra

—¡Quiera Dios que podáis probar ser tal, cuando lleguéis allá!...—dijo la prudente muchacha.

Así, pues, la amante y fiel Julia púsose en camino para Milán. ¡Infeliz y cuitada niña, cuán poco sospechaba el triste recibimiento y acogida que le aguardaba!

¡AY, LA POBRE DAMA TRISTE Y ABANDONADA!

Pronto echó de ver Proteo que el procedimiento empleado para conquistar á Silvia no daba los resultados apetecidos. Había ya sido de primero traidor a la amistad de Valentín y ahora quería traicionar al señor Thurio, pero su segunda traición no había de ser de mayor éxito que la primera. Silvia era demasiado bien nacida para dejarse seducir por un hombre sin palabra; por lo cual, al hacerle protestas de fidelidad, echábale ella en cara su falta de lealtad al amigo ausente, y al alabar su hermosura, recordábale el perjurio que cometiera quebrantando la fe debida a Julia. Pero a pesar de estos reproches, cuanto más rechazado era Proteo, tanto más crecía su admiración y más se encendía su pasión por Silvia. Bien conocía lo indigno de su proceder respecto a Valentín y a Julia, pero faltábale la fuerza de voluntad necesaria para vencer la tentación y dominarse a sí mismo.

Según lo convenido, trajo aquella noche el señor Thurio

una compañía de músicos y se dió una encantadora serenata en los alrededores del palacio del duque de Milán, debajo de las ventanas de la habitación de Silvia.

La letra del canto decía así:

¿Quién es Silvia, la joven que el anhelo
forma de los zagales? Es la pura,
la graciosa y discreta criatura
que admiran de consuno tierra y cielo.

¿Es tan tierna cual bella? Su ternura
igual a su belleza: el Amor ciego
medicina a su mal buscó y sosiego,
y en los ojos lo halló de Silvia pura.

¡Cantad a Silvia pues! ¡Sea bendecida
la beldad que en su hechizo a los mortales
sobrepuja; y de flores celestiales
tejedle la guirnalda merecida!

No era sola Silvia la que escuchaba aquellos acentos, otro testigo tenía Proteo, sin él saberlo, ni siquiera sospecharlo.

A su llegada a Milán, había hecho Julia indagaciones sobre su infiel amante, y dado éstas tan buen resultado que, el patrón de la casa en donde Julia se hospedara, conocedor de la vida y hechos de Proteo, ofrecióse á llevarla al lugar de la serenata para que viese por sus propios ojos al hombre por quien preguntaba, y así podría ser ella misma testigo de la inconstancia del amante. Efectivamente fué allá disfrazada, como iba, de paje y presencié toda la escena. Allí vió cómo, a pesar de sus juramentos de eterno amor hacia ella, se atrevía ahora a hacer el amor a otra mujer. ¡Pobre Julia! ¡cuán menguado placer había de causarle aquella dulce música y qué mal habían de sonar en sus oídos las notas de amorosa melodía! ¡Cómo contrastaban con el áspero y torturador acento de las palabras del perjurio amante!

—¿Este señor Proteo, de quien hablamos visita acaso muy a menudo a esta joven?—preguntó Julia a su huésped.

—No os diré sino lo que sé de boca de su criado Launce,—respondió el patrón,—y es, que la quiere con delirio.

—¡Tate!.. helos aquí—dijo Julia, amparándose con la sombra para no ser vista; y oyó a Proteo que decía:

—¡Tened ánimo!, señor Thurio, voy a hacer vuestra causa

con tal destreza, que no dudo reconoceréis que soy maestro en el arte de urdir intrigas amorosas.

—¿En dónde nos veremos?—preguntó Thurio, mientras se disponía á partir con los músicos.

—En la fuente de San Gregorio—respondió Proteo.

—Hasta luego pues.

Y quedó solo Proteo. Asomóse en aquel mismo momento Silvia al balcón de su habitación que caía encima del sitio en donde había tenido lugar la serenata.

—Buenas noches, señora—dijo saludándola Proteo.

—Buenas noches, amables jóvenes, y mil gracias por tan dulce música. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con un hombre—respondió Proteo,—cuya voz reconoceríais en seguida, si penetraseis la sinceridad de su corazón.

—¿El señor Proteo, a lo que parece?..

—El mismo, vuestro servidor, noble señora.

—Y ¿cuál es vuestro deseo?

—Cumplir siempre los de vuestra merced.

—Muy justo es el vuestro. El mío es que os retiréis al instante de aquí y que os vayáis a dormir, ¡hombre solapado, falso, perjuro y desleal amigo! ¿Pensáis acaso que soy tan frívola y tan estúpida, que me deje seducir por vuestras lisonjas, sabiendo a cuántos habéis engañado con vuestras vanas palabras? ¡Ea! andad, y dirigíos más bien a la señora de vuestros pensamientos, que yo (lo juro por esta luna que nos alumbra) estoy tan lejos de acceder a vuestra pretensión, que os desprecio por vuestra indigna conducta y aun doy por mal empleado el tiempo que gasto en hablar con vos.

—¿Ignoráis acaso que la joven a quien aludís murió ya?—repuso Proteo.

—Aun suponiendo que así sea—respondió Silvia,—¿acaso no vive Valentín, vuestro amigo, de quien sabéis muy bien que es mi prometido? ¿No os da vergüenza el faltar tan palpablemente a la lealtad de amigo?

—He oído—repuso Proteo,—que murió también Valentín.

—Haced, pues, cuenta—añadió Silvia,—que también yo estoy muerta, pues estad seguro que mi amor le sigue hasta la tumba y está sepultado con él.

—Amable señora, permitidme que lo desentierre y lo saque á la luz del día—dijo Proteo.

—Id más bien a la tumba de vuestro difunto amor y despertadle si podéis, y si no, sepultaos también con él.

—Señora, ya que mostráis un corazón tan duro para mí—replicó Proteo,—por lo menos complaced mi amor dándome vuestro retrato, pues ya que estáis entregada a otro, yo ya no soy sino una sombra, y a la vuestra consagraré mi amor.

—No me avengo en manera alguna—respondió Silvia,—a ser vuestro ídolo; pero ya que sienta bien a vuestro pérfido corazón el admirar a las sombras e idolatrar en vanas formas, enviad mañana por mi retrato y os lo entregaré. Así, pues, quedad con Dios.

—¡Cielos! ¡Qué noche voy a pasar! Ni más ni menos que la del reo que está en capilla—dijo Proteo.

La pobre Julia oyó toda la conversación que habían tenido su perjuró amante y Silvia. Ya no era posible dudar por más tiempo de su mala fe; pero como su amor era profundo y sincero, no pudo convencer a su corazón para que se determinase a aborrecer a aquel hombre y abandonarle para siempre. Todo esto sucedía estando Proteo de huésped en Milán, en la misma casa en que Julia se había hospedado; pero como quiera que andaba tan preocupado con la comedia que estaba representando, no se le ocurrió que aquel extraño joven, llamado Sebastián, pudiese ser la propia Julia, que él suponía estar en Verona. Sin embargo, algo había en él que le llamaba la atención: sus maneras distinguidas y su aspecto de joven honrado y fiel le indujeron a tomarle como paje, substituyéndolo a Launce, cuyo carácter ligero y cuyas bufonadas habían, más de una vez, puesto en ridículo a su señor.

LO QUE SUCEDIÓ EN EL BOSQUE

Triste era por demás la situación de la cuitada Silvia: su amante, desterrado de Verona; ella, reducida a un duro encierro por su hosco y déspota padre, y, como si esto no fuera suficiente, amenazábale el obligado enlace con un pretendiente a quien detestaba de corazón. ¿Qué remedio podía esperar a

tanto infortunio? Difícil era hallarlo; pero no por esto perdió la esperanza, ni se abatió de espíritu.

Había, en aquel entonces, en la corte de Milán, un caballero, amigo suyo, en quien ella podía confiar, llamado Eglamor; hombre prudente, compasivo, servicial, que sabía también de penas y tristezas, pues había perdido á su amorosa y fiel compañera, y la herida de su corazón no se había aún cicatrizado.

A él, pues, acudió Silvia en su apuro, manifestándole cuán ansiosa estaba de ver á Valentín y cómo se había propuesto partir a Mantua, en donde sabía que se hallaba aquél; pedíale, pues, que la acompañase en el viaje por ser los caminos muy peligrosos, pues en su lealtad y caballerosidad fiaba. No dejó de comprender el caballero lo delicado del caso; pero compadecido de la desgracia de la dama y reconociendo que el duque obraba inhumanamente al obligar a su hija a contraer matrimonio contra su voluntad, accedió el señor Eglamor, y tomaron el acuerdo de ponerse en camino aquella misma tarde.

Apenas se había separado Eglamor de Silvia, cuando recibió ésta un recado de Proteo reclamándole el retrato que le prometiera la noche de la serenata. Poco pensaba Proteo que el que mandaba con este encargo era la propia Julia, aunque disfrazada bajo la forma del nuevo y advenedizo paje. Y no fué sólo el encargo del retrato lo que le confió, sino que además le dió una sortija para que la entregara a Silvia, aquella misma sortija que como prenda de amor recibiera de manos de Julia al despedirse de ella en Verona y sobre la cual tantos juramentos de amor y fidelidad hiciera...

Horrible fué aquel golpe para el corazón de Julia, ó digamos Sebastián (pues éste era el nombre que había tomado), y tremenda la lucha que se entabló en su espíritu; pero siguiendo adelante en sus propósitos, cumplió fielmente el encargo. En cuanto a Silvia, a pesar de la repugnancia que le causaba el proceder desleal de aquel amante intruso, entregó el retrato porque no podía negarlo después de haberlo prometido; pero ni quiso leer la carta, ni aceptar la sortija.

—Señora—dijo amablemente Sebastián;—mi señor os manda esta sortija.

—¡Una infamia más del que os envía!..—respondió Silvia.—

Yo misma he oído mil veces de su boca que esta sortija se la dió Julia al despedirse en Verona. ¡Si el perverso caballero profanó con su dedo esta sortija, no voy yo a hacer con el mío tamaña ofensa á Julia!

Julia quedó profundamente conmovida y su corazón agradecidísimo por la generosa simpatía de Silvia, sobre todo cuando ésta le preguntó por Julia, manifestándole cuánto se interesaba por ella y la compasión que le inspiraba.

—¡Pobre joven, triste y abandonada!—dijo Silvia.—¡Verdaderamente es digna de lástima su situación!... Ahora bien, toma, noble mancebo, esta bolsa de dinero; te hago este obsequio en gracia de tu señora, pues veo que también tú la amas. Adiós.

—Ella os dará las gracias, si es que llega á tener la dicha de conoceros—exclamó Julia mientras Silvia se retiraba con su servidumbre.—¡Oh virtuosa joven, qué bella y amable es! ¡No dudo de que el entusiasmo de mi señor se resfriará al verlo mucho que se interesa por el bien de mi señora.

Y volvió algo más consolada, á presencia de Proteo.

.
Por su parte Silvia huyó aquella noche de Milán en compañía del señor Eglamor, tal como habían convenido. La noticia empero llegó a oídos de su padre, quien inmediatamente se puso en marcha para perseguirlos, acompañado de Thurio, Proteo y Sebastián. Sucedió que, al atravesar un peligroso bosque, el señor Eglamor y Silvia cayeron en manos de unos bandidos. Eglamor hizo cuanto pudo por escapar de ellos, pero no pudo evitar que cayera en sus manos Silvia, la cual fué llevada a presencia del capitán, al propio tiempo que llegaba Proteo para rescatar, no sin grandes dificultades, a la cautiva.

Ahora bien, el jefe o capitán de aquella partida no era otro que Valentín, quien en su viaje a Mantua había caído prisionero de aquellos salteadores, los cuales reconociendo en él a un joven honrado y valiente, le nombraron jefe de su banda. El por su parte, viendo que no se trataba de facinerosos, sino más bien de jóvenes expulsados de Milán por sus travesuras y a quienes el deseo de correr aventuras había inclinado a

seguir aquel modo de vida, consintió en ser uno de ellos, diciendo:

—Acepto vuestra oferta, y seré uno de vosotros; pero siempre con la condición de no injuriar a las mujeres ni molestar en nada a los pobres caminantes.

—No hay que hablar de esto; detestamos tales fechorías —dijo uno de ellos;—por lo cual, está tranquilo y ven con nosotros confiadamente. Vamos a presentarte a los otros compañeros, te mostraremos nuestros tesoros, y de todo lo nuestro puedes disponer a tu antojo.

El día de la aventura de Silvia, quiso la suerte que Valentín se hallase solo en el bosque al pasar por él el señor Eglaamor y la fugitiva, y que viese, oculto detrás de unos matorrales, cómo Proteo, se acercaba, acompañado de Silvia y el pajecito Sebastián.

—Señora—oyó que decía Proteo; servicio es éste que os hago a vos y por vos únicamente he puesto en peligro mi vida, aunque sé muy bien que no vais a tener para nada en cuenta lo que por vos haga vuestro siervo. Sin embargo, una recompensa espero de vos, y ésta es una dulce mirada. No puedo pedir os merced más pequeña, y estoy seguro de que no podéis darme otra inferior a ésta.

—¡Cielos! ¡qué villanía!... ¿será esto un sueño?...—dijo para sí Valentín, espantado de la traición de su amigo. Procuró empero calmar su espíritu y esperó pacientemente a ver cómo terminaba aquella escena.

—¡Ah y qué desdichada soy!—murmuró Silvia.

—¡Y yo más infeliz aún!—repuso aparte el pajecito.

—¡Más me hubiera valido—exclamó Silvia—caer en las garras de un hambriento león, o ser devorada por una bestia salvaje, que no que el falso Proteo viniese a rescatarme!... ¡Oh cielos, sedme testigos del amor que profeso a Valentín, cuya vida me es tan querida como mi propia alma! ¡A la medida que mi corazón le idolatra, detesta al falso y perjuro Proteo! ¡Ea pues (increpa a Proteo) idos de mi presencia y no me importunéis más!

Viendo Proteo que las palabras dulces y los halagos no podían nada para conquistar el corazón de Silvia, airado, asíó

bruscamente de ella; al ver lo cual saltó Valentín y tocándole en la espalda le dijo:

—¡Miserable!... ¡suelta!... ¡aparta esas brutales manos, indigno y falso amigo!

—¡Valentín!...

—¡Hombre mal nacido! ¡amigo desleal!—prosiguió Valentín, desfogando su coraje contra aquel villano.—¡Ah traidor, tú has frustrado todas mis esperanzas!; menester era que lo viese con mis propios ojos para creerlo. Ahora ya no puedo decir que tengo un amigo en este mundo; tú me has probado lo contrario; ¿con quién pues podré confiar, si el más allegado y más intimamente unido conmigo es mi perjuró? ¡Proteo!, gran pena me da el pensar que no puedo tener confianza en ti: tú eres la causa de que me considere, de hoy en adelante, en el mundo, como un extranjero, desconocido de todos sus semejantes: la herida más profunda es la que abre en el corazón un amigo, y el amigo infiel es el peor de los enemigos.

Los justos reproches de Valentín hicieron mella en el ánimo de Proteo, ya de suyo impresionable: en su remordimiento imploró el perdón del amigo ofendido y éste fué tan noble y generoso, que perdonó la ofensa: es más, en el impulso del momento, le ofreció hacer renuncia á su favor, de los derechos que sobre Silvia tenía. Al pensamiento de que iba a perder para siempre a Proteo cayó Julia al suelo desvanecida.

—Mira este joven cómo se ha caído—dijo Proteo.

—¿Qué os pasa, joven?—exclamó Valentín;—¡ea! mirad, hablad, decidnos lo que tenéis.

—¡Ah señor!—exclamó el pajecito;—mi amo me encargó que trajese una sortija a la señora Silvia, y ahora me doy cuenta que he dejado de cumplir el encargo.

—Y ¿dónde está la sortija?—preguntó Proteo.

—Hela aquí; ésta es.

—¿Cómo?...—replicó Proteo;—si ésta es la sortija que yo di a Julia al despedirme de ella en Verona.

—¡Oh! perdón, señor; me había equivocado,—dijo Julia, haciendo como que volvía de su error y sacando otra sortija;—ésta es la sortija que vos enviasteis a Silvia.

—Pero ¿cómo habéis obtenido esta sortija—preguntó Pro-



«¡AH TRADOR, TÚ HAS DEFAUDADO TODAS MIS ESPERANZAS!»

teo fijándose en la primera.—¡Si es la que entregué a Julia al salir de Verona!...

—Sí, y la misma Julia me la entregó a mí y la propia Julia es quien aquí la ha traído—respondió el paje.

—¿Cómo?... ¡Julia!...

—Reconoce finalmente en mí, ¡oh Proteo!, a la que fué objeto de tus muchos juramentos, que ella conservó tiernamente grabados en su corazón—exclamó Julia quitándose el disfraz: —¡cuántas veces, oh Proteo, has querido arrancarlos con tus perjurios! Avergüénzate de verme vestida de esta manera; avergüénzate de pensar que me ha sido preciso vestirme con este traje impropio de mi sexo y aun deshonesto, si es que puede jamás serlo el disfraz inspirado por el amor: en el concepto del pudor, es mucho menos vergonzoso para una mujer el cambiar de vestido que para un hombre el cambiar de sentimientos.

—¡Ah! ¡cambiar de sentimientos!...—repitió por lo bajo Proteo, víctima de los remordimientos de su conciencia.—¡Oh y qué verdad es ésta!

—¡Ea!—exclamó Valentín;—dadme ambos la mano, que quiero yo tener la dicha de contribuir al feliz término de vuestras contiendas. ¡Lástima fuera que dos corazones que tanto se aman, estuvieran por más tiempo enemistados!

—Al cielo pongo por testigo—exclamó Proteo,—que no deseo otra cosa.

—Y yo no menos;—repuso Julia.

Y es de creer que el tornadizo mancebo guardó en adelante fidelidad á su dama.

Así estaban las cosas cuando llegaron los bandoleros llevando cautivos al duque de Milán y al señor Thurio.

—¡Compañero!—exclamaron al divisar á Valentín—¡una presa, una buena presa!...

—¡Alto, amigos!—repuso Valentín;—soltad la presa; es mi señor, el duque de Milán.—Y dirigiéndose al duque, añadió:—Bien venido seáis, señor, a la presencia de un desdichado a quien desterrasteis de vuestros dominios.

—¡Señor Valentín!...

—Y aquí está Silvia, y Silvia me pertenece—interrumpió el señor Thurio adelantándose.

—¡Atrás! —increpóle Valentín, —¡atrás, si no queréis pagar con la vida vuestra osadía! No digáis que Silvia es vuestra. Aquí está ella; pero no la toquéis a un hilo de la ropa, si queréis regresar sano y salvo a Milán.

—Señor Valentín—respondió Thurio acobardado;—no me preocupo ya de ella. Loco me parecería quien expusiese su vida por una joven de la cual no es correspondido; no pretendo pues que sea mía, quedaos vos en buen hora con ella.

—Esto no te hace menos cobarde, ni te excusa en manera alguna, de abandonarla tan fácilmente, después de lo mucho que hiciste por conquistarla y obtener su mano—dijo el duque indignado.—Ahora,—prosiguió,—¡oh Valentín! por la memoria y honor de mis antepasados rindo homenaje a tu valor; eres verdaderamente digno del amor de una emperatriz. Desde ahora te doy palabra que olvido todos los disgustos que me has dado y que no te guardaré rencor ninguno. Valentín, eres un caballero y como a tal, te entrego a Silvia; tuya es, porque te la has ganado.

—¡Gracias mil, magnífico señor; es un don éste que me hace verdaderamente feliz! Ahora, por el amor de vuestra hija voy a pedirlos un favor.

—Pide lo que quieras—respondió el duque;—no puedo negarte cosa alguna.

—Ved a todos esos mis compañeros de aventuras; son unos desgraciados como yo mismo, desterrados de su patria por intemperancias propias de la juventud, pero en su interior personas honradas y dispuestas a llevar una vida de trabajo y una conducta irreprochable, si vuestra benignidad les perdona y levanta el castigo bajo el cual gimen lejos de su patria.

Concedió el duque, de buena voluntad, el perdón a aquellos infelices, quienes regresaron gozosos á Milán, en donde se celebraron las alegres fiestas de dos bodas, a cual más interesante. La de Valentín con Silvia y la de Proteo con Julia.